

LA ANGUSTIA ANTE LA MUERTE COMO ACONTECIMIENTO EN EL PENSAMIENTO DE FRANZ ROSENZWEIG

ANGUISH OF DEATH AS EVENT IN FRANZ ROSENZWEIG THOUGHT

Martina Somodi

Universidad del Salvador

martina.somodi@usal.edu.ar

Recibido: Noviembre 2021

Aceptado: Diciembre 2021

Resumen

Este trabajo pretende analizar el elemento que sirve como punto de partida para el nuevo pensar: la angustia ante la muerte. El objetivo es mostrar el lugar que ocupa la angustia de la muerte como punto de partida para un nuevo pensamiento en la filosofía de Franz Rosenzweig. La propuesta es que dicha angustia se presenta bajo la estructura del acontecimiento que permite dar cuenta que ella, además de no ser *nada*, sino algo pensable, y por lo tanto *algo*, no es un elemento meramente conceptual, sino que pertenece principalmente al ámbito de la experiencia y, específicamente de la experiencia acontecencial.

Palabras clave: angustia, muerte, nuevo pensamiento, acontecimiento, Rosenzweig.

Abstract

This contribution pretends to analyze the element that serves as a starting point for a new thinking: the fear of death. The objective is to show the place that the fear of death occupies as the starting point of a new thinking in Franz Rosenzweig's philosophy. The proposal is that the anguish of death is presented under the structure of the event which allows to realize that, in addition of not being *nothing*, but something thinkable, and therefore *something*, it is not a merely conceptual element, but belongs mainly to the field of experience and, specifically of the eventual experience.

Keywords: anguish, death, new thinking, event, Rosenzweig.

Es posible inscribir a Franz Rosenzweig y su pensamiento dentro de un grupo de filósofos que han intentado pensar la metafísica a partir de un aparato conceptual diferente al dado por la tradición occidental, poniendo el foco en “el problema de lo nuevo, de la novedad, de la posibilidad de crear o de inventar una nueva forma de pensamiento que no sea una repetición más o menos sutil o una interpretación más o menos sugerente de lo ya producido por la filosofía en su historia anterior” (Esperón, 2019, p. 15).

Sirviéndose de la terminología judía, Rosenzweig la resignifica para dar cuenta y comunicar la posibilidad de un *nuevo pensamiento*: “He recibido el nuevo pensamiento en estos viejos términos judíos, de manera que lo he reproducido y retransmitido valiéndome de ellos” (Rosenzweig, 2005, p. 40). En su libro *La estrella de la redención* plantea un camino a recorrer que termina — estas son sus últimas palabras— en unas puertas cuyas hojas se abren “A la vida” (Rosenzweig, 1997, p. 496). Es una invitación a que luego de leerlo no nos quedemos regocijándonos en una especie de orgullo intelectual por haber terminado y comprendido (pero seguramente menos de lo que creemos) la obra. El final del libro, más que como punto de llegada, está planteado como punto de partida: “Lo que no es más libro es también el interiorizar que este paso dado por el libro hacia la frontera sólo puede ser expiado terminando el libro. Una terminación que es a la vez un comenzar y un «en medio de»: un entrar de lleno en medio de la cotidianidad de la vida” (Rosenzweig, 2005, p. 49).

Pero este trabajo no se aboca al tema al que refieren esas últimas palabras de *La estrella*, sino al que apuntan las primeras: “De la muerte” (Rosenzweig, 1997, p. 43).¹ Tiene como objetivo analizar el lugar que ocupa la angustia de la muerte en la filosofía según el pensamiento de Franz Rosenzweig. Me propongo plantear que dicha angustia es un acontecimiento que abre las puertas al desarrollo de una nueva metafísica, pensada desde la experiencia y comunicada en términos judíos.

La estructura del presente trabajo se divide en tres apartados. Para el primero me apoyaré en el texto *El nuevo pensamiento. Observaciones adicionales a la Estrella de la redención*. Intentaré dar cuenta de a qué se refiere Rosenzweig cuando habla de un “nuevo pensamiento”. Luego de esta presentación será posible indagar, en el segundo apartado, el lugar de la experiencia de la angustia de la muerte (una especie de proto-experiencia de la muerte misma) y su importancia dentro del camino propuesto por Franz Rosenzweig hacia un nuevo pensamiento. Finalmente, en el tercer apartado se presentará la estructura del acontecimiento que tiene la angustia de la muerte y cómo ésta sirve como puerta de entrada para un nuevo pensar.

¹ La traducción al castellano pone “Por la muerte”, pero el original en alemán dice: “Vom Tode” (Rosenzweig, 1996, p. 3).

1. Nuevo pensamiento

Será pertinente, en primer lugar, indagar acerca del nuevo pensamiento que propone Rosenzweig para mostrar un nuevo camino que nos invita a recorrer si nos permitimos permanecer en la angustia de la muerte, que ha sido tan negada por el “viejo” pensamiento. Este pensador propone un sistema que pone en tensión el aparato conceptual existente para transmitir una experiencia: “se trata de una filosofía que no quiere producir algo así como un mero «giro copernicano» del pensamiento tras el cual, quien lo ha cumplido, de hecho ve en derredor suyo todas las cosas invertidas, pero sin embargo sólo ve las mismas cosas que él ya había visto antes; sino que se trata de una filosofía que pretende una completa renovación del pensamiento” (Rosenzweig, 2005, p. 15). De esta renovación del pensamiento o nueva forma de pensar, Rosenzweig nos advierte que no es el pionero ni máximo representante, sino que, en realidad, este nuevo pensamiento que propone, se entronca en una tradición anterior y tiene en el presente otros representantes.² E incluso sostendrá que “el sano entendimiento humano ha pensado siempre así”. (Rosenzweig, 2005, p. 15).

Si bien la *Estrella* es presentado como un sistema de filosofía, rompe con la estructura tradicional de dichos sistemas. La clave está no tanto en los elementos en que se divide el sistema,³ sino en comprender que “el principio sistemático al que responde esta filosofía es diferente” (Rosenzweig, 2005, p. 16). El libro se plantea como una especie de puente que permite el paso del viejo pensamiento al nuevo. Somos invitados a caminar ese puente como buenos oyentes que “debe[n] olvidar que tiene[n] una boca” (Rosenzweig, 2005, p. 18). Como lectores, no debemos esperar, desde la primera página, saber ya de qué trata el libro y cuál es su desenlace, porque de esa manera no valdría la pena siquiera empezar a leerlo, pecando de eruditos que todo lo saben antes de haber comenzado a leer. Además, y pareciera que para Rosenzweig esto tiene un carácter obvio, no se debe esperar comprender cada oración del texto. No vale la pena detenerse cada vez que algo no haya sido comprendido y, para comprenderlo, retroceder en la lectura, en vez de avanzar hacia adelante, seguir caminando por el puente, y que el propio camino aclare lo que quedó atrás. Hay que ser precavidos de no detenerse a cada paso como el filósofo — pues eso enferma a nuestro sano sentido común—: “Se queda quieto ahí. Desconecta esa detención, ese acontecer de su asombro, de la corriente de su vida, que sigue fluyendo” (Rosenzweig, 2007, p. 196). No debemos frenar ese

² “Para la filosofía, para el pensamiento, lo nuevo consiste en la construcción de un plano que haga posible, para una época particular, llevar sus fuerzas hasta el extremo de lo que pueden, es decir, que hagan posible la creación. No se trata, sin embargo, de una creación *ex nihilo*. Siempre se pueden encontrar antecedentes [...], tanto en el pasado como en el presente, que potencien las fuerzas del pensamiento” (Esperón, 2019, p. 16).

³ El mismo se divide en tres volúmenes a los que me referiré como *Estrella* I, II y III.

movimiento original que caracteriza al sano sentido común, aquel que no ha sido infectado por el orgullo del filósofo que todo lo quiere saber y, a la vez, cree que ya todo lo sabe, cortando el flujo natural de la vida.

Ahora bien, ¿qué es lo que hace que la filosofía se separe “del pensar no-filosófico del sano entendimiento humano” (Rosenzweig, 2005, p. 19) o “sentido común”? Es la pregunta por la *esencia*, la pregunta por lo que algo *propiamente* es. El pensamiento filosófico diverge de este sentido común a partir del asombro por algo, que lo hace detenerse y frenar. Es este el primer paso, o en todo caso, el último, que hace que el ser humano se hunda en el pensamiento conceptual, del cual es difícil salir. Contrario al movimiento de la vida, este pensamiento conceptual tiende a detenerse. Al preguntarse por la esencia de las cosas, busca algo que sea, paradójicamente, por entero diferente a la cosa misma cuya esencia busca:

De ninguna manera el mundo puede ser mundo, Dios puede ser Dios, el hombre, hombre, sino que todos deben ser «propiamente» algo diferente. Si no fueran algo diferente sino real y efectivamente sólo lo que son, entonces, al fin y al cabo, la filosofía (...) efectivamente sería superflua. Por lo menos una filosofía que busque extraer a toda costa algo «enteramente diferente». (Rosenzweig, 2005, p. 19)

La pregunta por la esencia o por lo que propiamente es algo, que es la pregunta que se hace el pensamiento de la filosofía conceptual, pareciera querer reducir cada cosa a algo diferente de sí. Es por eso que Rosenzweig insistirá en la importancia de tomar en serio la experiencia para tomar a las cosas por lo que son. Por más que se intente buscar detrás de los conceptos Dios, mundo y hombre algo completamente distinto de ellos, la experiencia, “por profunda y penetrante que sea, una y otra vez descubre en el hombre sólo lo humano, en el mundo sólo lo mundano, en Dios sólo lo divino” (Rosenzweig, 2005, p. 21).⁴ No debe desesperar. Esto no es el anuncio del fin de la filosofía, sino el comienzo de un nuevo pensar: “en este punto en el que la filosofía pensada habría efectivamente llegado al final, puede comenzar la filosofía experienciante” (Rosenzweig, 2005, p. 21).⁵

⁴ Este es el objetivo de *Estrella I*: mostrar que ninguno de estos conceptos puede ser reducido a los otros. Pero esto, en vez de mostrarse por vía negativa —es decir, que ninguno puede ser reducido a los otros— el volumen lo expresa de forma positiva: cada concepto se reduce sólo a sí mismo. “Cada uno de estos conceptos es él mismo «esencia», cada uno es él mismo substancia, con toda la pesantez metafísica de esta expresión” (Rosenzweig, 2005, p. 22).

⁵ La traducción al castellano pone “filosofía experimentada”, con participio pasivo/pasado, pero el original en alemán utiliza el participio activo/presente: “erfahrende Philosophie” (Rosenzweig, 1984, p. 144). Es importante la distinción entre ambos participios para distinguir la temporalidad propia de la experiencia de la del pensamiento.

Lo que se busca expresar no es cómo algo es “propiaamente”, sino cómo algo ha acontecido de manera efectiva. Es a través del relato que lo acontecido puede expresarse, no como algo propiaamente distinto de otra cosa, ni como un concepto abstracto o una esencia, sino “...en su propia realidad efectiva, más exactamente en su propia realización” (Rosenzweig, 2005, p. 28).⁶ La narración permite encontrar un lenguaje que sustituya al lenguaje lógico del viejo pensamiento, ya que el lenguaje del relato puede dar cuenta de las estructuras de la realidad mucho mejor que la lógica.

En el lenguaje se hace manifiesto la relación directa con las cosas de la vida cotidiana. De esta forma, es posible hablar de una relación con las cosas de forma pragmática y cotidiana, se hace posible presentar una relación con la realidad sin que sea objetivante, cayendo en el tradicional binarismo sujeto-objeto. En la narración será de crucial importancia la sucesión de la experiencia que se quiere relatar, ya que esta sucesión “...es lo propiaamente importante a comunicar. Es ya por sí misma el nuevo pensamiento...” (Rosenzweig, 2005, p. 29). De lo que intenta dar cuenta el relato es de esa experiencia que se pueda tener de los proto-fenómenos Dios, mundo y hombre, sin hacer de ellos objetos a los cuales atribuirles propiedades, sino más bien expresar cómo, de alguna manera, nos relacionamos con ellos en la realidad. La realidad efectiva puede ser entendida como el desplegarse del tiempo que logra captar la narración: “Precisamente el tiempo llega a ser para el narrador enteramente real. No el tiempo en el que algo acontece, sino el que por sí mismo acontece” (Rosenzweig, 2005, p. 29).

Rosenzweig afirma que no hay nada que se pueda conocer independientemente del tiempo. Este punto es interesante porque va en contra de la concepción tradicional del conocimiento. Si pensamos en las esencias, ellas son siempre presentadas como algo ideal, inmutable y por lo tanto, atemporales. Pero la realidad está inscrita en un tiempo, y dicha realidad es el mismo tiempo desplegándose. El conocimiento está atado a la temporalidad de la que no se puede salir y hace que cada acontecimiento tenga su propio pasado, presente y futuro. De la misma forma, la realidad tiene “...su pasado y futuro: un pasado perpetuo y un futuro eterno” (Rosenzweig, 2005, p. 32).

A través de esta caracterización del tipo de lenguaje de acuerdo al tiempo, se hace posible, frente al pensamiento que es siempre solitario, un diálogo en el

⁶ En esta realidad temporal, que se nos hace presente únicamente en la experiencia, se disuelve la separación de los se expuso en *Estrella I* como proto-fenómenos, como tres elementos separados todavía carentes de expresión lingüística. *Estrella II* disuelve esta separación en tanto muestra cómo es posible tener experiencia de ellos, no como tres objetos separados, sino a través de sus vínculos: “Dios en sí mismo, si queremos asirlo conceptualmente, se oculta; el hombre, nuestro sí mismo, se cierra, y el mundo se convierte en un enigma visible. Ellos sólo se abren en sus relaciones: en la creación, la revelación y la redención” (Rosenzweig, 2005, p. 33).

que aparece la vida de un otro. En este dialogar con un otro se produce un acontecimiento en donde no es posible anticiparse a nada, y el tiempo se convierte en un esperar y depender del otro para que pueda tener lugar el acontecimiento.

Entonces, este nuevo pensamiento se da, ya no en el pensar mismo, sino en el hablar. Pensador hablante, pues naturalmente el nuevo pensamiento, el pensamiento hablante, es también un pensar, del mismo modo que el pensamiento antiguo, el pensar pensante, no podría haberse dado sin un hablar interior; la diferencia entre el antiguo y el nuevo pensamiento, [...] no reside en el hecho de que el uno es silencioso y el otro habla en voz alta, sino en la necesidad del otro o, lo que es lo mismo, en tomar en serio al tiempo. Pensar significa aquí no pensar para nadie y no hablar a nadie[...]hablar, en cambio, significa hablar a alguien y pensar para alguien; y ese alguien es siempre un alguien enteramente determinado y, a diferencia del público en general, no tiene meramente orejas, sino también boca (Rosenzweig, 2005, p. 34-35).

Así como se había logrado pensar en los proto-fenómenos Dios, mundo y hombre sin objetivarlos, acá se hace patente cómo pensar al sujeto sin ser subjetivante. Esta posibilidad se abre con la presencia de un otro —que aparece a la vez de manera irreductible a los fenómenos del mundo y como “representante” del mundo (Rosenzweig, 1997, p. 266)—.

“Sano entendimiento humano”, “experiencia”, “tiempo”, “lenguaje” y “otro” son los temas que vertebran el nuevo pensamiento de Rosenzweig. No obstante, ¿cuál es su punto de inicio, aquel punto en el que diverge del tronco de la metafísica occidental? Ese inicio es justamente un fin: el fin de la vida o, al menos, su posibilidad. Una posibilidad que no es lógica, sino experiencial, es decir, que toma la forma de la angustia ante la muerte.

2. La angustia ante la muerte

Al tratar acerca de la angustia de la muerte, el asunto se hace presente de manera más vívida. La cuestión excede el ámbito del lenguaje académico debido a su carácter experiencial y, ya veremos, acontecial que lo caracteriza. Así, una mera descripción no alcanza a dar cuenta de esta angustia que se presenta y me veo en la necesidad de intentar traer este suceso un poco “más acá”. ¿Cómo expresar de manera escrita, aquello que sucede en un ámbito y en un momento en donde las palabras parecen si no desvanecerse, sí ser del todo insuficientes? Considero que la misma hipótesis del trabajo, que pretende postular a la angustia de la muerte como acontecimiento, pide tener un poco más presente esta angustia que se nos adviene con el pensamiento de la muerte.

Tal vez no haya dos momentos más concretos, terrenales y físicos que el nacimiento y la muerte. Al nacer, un cuerpo expulsa a otro cuerpo, los gritos, el llanto, el dolor, la sangre, los fluidos. Al morir, el cuerpo que endurece, el olor insoportable que aumenta a cada minuto; los llantos, los gritos, el dolor. A veces estamos vivos y la muerte se nos presenta, como en una especie de muestra gratuita, a través de la angustia. Porque de por sí hay un carácter de incomunicabilidad del fenómeno de la muerte: al hablar de muerte, no se puede hablar de una experiencia concreta ya que, al estar vivos, no hay manera de tener experiencia efectiva de la muerte y, una vez que la tenemos, no es posible comunicarla. Sin embargo, es posible hablar de una *proto-experiencia* de la muerte que se manifiesta como angustia del ser humano durante su vida. Esta angustia, que sucede en un cuerpo, en la piel, en las lágrimas, en la desesperación, en fin, esta angustia que pertenece a una existencia y experiencia concreta, puede ser pensada como la puerta de entrada, el primer paso o el punto de partida para la posibilidad de un nuevo pensar y una nueva forma de metafísica.

La angustia de la muerte como una proto-experiencia de la misma está estrechamente conectada con el nuevo pensar en la propuesta de Rosenzweig. Es por eso que considero que vale la pena analizar el lugar que cumple esa experiencia de la angustia de la muerte en su propuesta de pensamiento. Llegado a este punto, veremos cómo se da en Rosenzweig un abandono de la confianza en la razón en sentido idealista, inscrita dentro de lo que él llama viejo pensamiento, para propugnar un nuevo pensamiento que tiene que ver con un proyecto de la ampliación de la razón que no solo tenga en cuenta los procesos intelectuales.

En la introducción a *Estrella I*, titulada “Sobre la posibilidad de conocer el Todo”, Rosenzweig le otorga un lugar especial a la muerte. Comienza diciendo: “De la muerte, del miedo a la muerte empieza el conocimiento del Todo” (Rosenzweig, 1997, p. 43).⁷ Continúa realizando una crítica a la postura de la filosofía tradicional frente a la muerte. Aquella ha buscado deshacerse de la angustia que la muerte causa; intenta esquivarla, perfumar el olor a podredumbre que deja a cada paso, disminuir la angustia que aumenta con el nacimiento de cada mortal, porque, en definitiva, ser mortal es también muerte. “...la filosofía niega las angustias de la Tierra. La filosofía salta sobre la tumba que a cada paso se abre bajo el pie. Deja que el cuerpo quede a merced del abismo, pero la libre alma sale revoloteando” (Rosenzweig, 1997, p. 43). El desarrollo del pensamiento filosófico hasta el momento ha buscado una solución práctica a la angustia “...sonríe la filosofía su vacía sonrisa y con el índice señala a la criatura [...] hacia un más allá del que ella nada quiere oír” (Rosenzweig, 1997, p. 43). La filosofía ha intentado resolver, como barriendo el

⁷ Véase nota 1.

polvo debajo de la alfombra, la angustia y el tema de la muerte de los cuales, en vida, el hombre parece no poder despojarse. Hasta acá, el pensamiento filosófico ha invitado a los humanos a mirar para otro lado, cuando eso no sería más que negar un hecho inevitable y constitutivo de la existencia humana. El ser humano teme que le llegue ese instante en que ya no encuentre rincón para esconderse de la muerte, una vida entera escapando de su contrario. Al hombre le angustia perder su *Yo*, sujeto, su personalidad, su identidad que no tiene otro destino frente a la muerte que desvanecerse en un *Ello*, en un impersonal que se vuelve mundo y objetividad.

Sin embargo, Rosenzweig nos anuncia: “El hombre no debe arrojar de sí la angustia de lo terrenal: en el miedo a la muerte debe permanecer” (Rosenzweig, 1997, p. 44). Debemos comprender que, en cuanto seres singulares, hemos de morir, y en cuanto seres mortales, hemos de vivir en la angustia de lo terrenal. Nos advierte que la antigua filosofía ha intentado evitar y borrar la cuestión de la angustia de la muerte con el pensamiento del Todo, ya que el Todo no es posible que muera, y todo aquello que esté dentro del Todo tampoco ha de morir. Pero ya hemos advertido el carácter singular de nuestra existencia y, por tanto, como algo distinto del todo, y, como consecuencia: “Sólo lo aislado puede morir, y todo lo mortal está solo” (Rosenzweig, 1997, p. 44).

En este punto Rosenzweig realiza una crítica al idealismo como herramienta que la filosofía utiliza para negar a lo aislado, y envolver todo cuanto es singular en el *Uno-Todo*. “Que la filosofía tenga que suprimir del mundo lo singular y aislado, este des-hacer-se del Algo y des-crearlo, es la razón de que la filosofía haya de ser idealista” (Rosenzweig, 1997, p. 44). Esta forma de hacer filosofía consiste en comprimir, encarcelar y negar lo concreto y singular, el mundo sensible en su totalidad, y de esta manera, también lo aislado, lo individual y, en última instancia, al individuo. Pareciera a simple vista que la filosofía logra derribar la angustia de la muerte, una especie de batalla que logra ganar. Pero, en realidad, es una batalla que nunca ha luchado, porque más que enfrentarse a la muerte, la niega y la evade. Esto es así porque los mismos filósofos le temen a la muerte.

Pero la muerte sigue ahí. “Su dura llamada sigue resonando imperturbable desde el interior de la niebla con la que la filosofía la ha rodeado” (Rosenzweig, 1997, p. 44). No basta con no pensarla para que ella no exista. Entonces, la filosofía debe hacer algo más radical que es, no solo no pensarla sino negarle realidad a través de esa herramienta llamada idealismo que permite identificar lo pensable con la realidad. Si queda establecido que lo real es lo mismo al pensamiento o lo pensable y no se piensa en la muerte, o se hace de la muerte algo no pensable, entonces, la muerte no existe ni tiene realidad.

Sin embargo,

...la muerte verdaderamente no es lo que parece, no es nada, sino Algo inexorable e insuprimible. Su dura llama sigue resonando imperturbable desde el interior de la niebla con la que la filosofía la ha rodeado. Pretende haberla sumido en la noche de la nada, pero no ha podido romperle su venenoso agujón (p. 44).

Así, la muerte, si bien no es el Todo, tampoco es nada, sino algo, y algo que existe y, por tanto, algo real y pensable: “...es preciso que el individuo asuma la muerte y, consciente de que va a morir, aprenda a permanecer en la angustia. Así se da el paso al campo de lo concreto, de la nada al algo” (Jasminoy, 2017a, p. 8).⁸

3. La angustia de la muerte como acontecimiento

El viejo pensamiento se caracterizó por ocultar y negar la angustia de la muerte que se les presentaba. Luego de varios siglos de esta tradición, dicha angustia habría quedado olvidada en tanto la muerte que angustiaba era “nada”, algo no real, y, por tanto, algo no pensable. Entonces, si la tesis de este escrito es evidenciar la angustia ante la muerte y, consecuentemente a la muerte misma como forma del acontecimiento, podemos seguir la afirmación del fenomenólogo francés Claude Romano: “El olvido del acontecimiento [...] está en el corazón de la metafísica occidental” (2007, p. 113).

Contrariamente a la actitud adoptada por los filósofos occidentales hasta ahora, podríamos decir que el filósofo, al dejar de negar la muerte y tomarla, no como nada, sino como algo, realiza verdaderamente un trabajo filosófico en el cual “se encuentra entregado por necesidad —interior— a cuestiones demasiado grandes y difíciles para él, a cuestiones que son la dificultad misma” (Romano, 2007, p. 114). Asumir esa angustia que nos adviene frente al inevitable hecho de que vamos a morir es tomar en serio el morir mismo que forma parte de nuestra propia existencia. Al asumir esa angustia y, de alguna manera, darle el estatuto de ser algo y, por lo tanto, de poder pensarla, la tarea filosófica que se presenta ante nosotros comienza a formar parte de un nuevo pensar. “En este sentido, pensar es afrontar la tormenta” (Romano, 2007, p. 114). En el nuevo pensamiento, la filosofía se ve obligada a descartar el

⁸ Este tratamiento acerca de la angustia de la muerte, que pasa de la “nada” al “algo” está en sintonía con los contenidos ulteriores de *Estrella I*. Este volumen se presenta como el ámbito de lo prelingüístico, donde se encuentran las proto-palabras, unas cuasi palabras a partir de las cuales es posible el lenguaje sin ser todavía lenguaje. Estas proto-palabras son el *sí* (afirmación), el *no* (negación) y el *y* (conjunción), que permitirán pasar de la *nada* al *algo* con respecto a los proto-fenómenos de hombre, mundo y Dios. Esta misma función se puede encontrar en la proto-experiencia de la muerte que es, también, lo que permite pasar de la nada al algo.

concepto del Todo que había arrastrado hasta ahora en tanto la “experiencia existencial y, con ella, el fenómeno del acontecimiento, escapa a cualquier tentativa totalizadora y se revela como realidad primaria” (Jasminoy, 2017b, p. 171).

Así, la angustia de la muerte se presenta como una forma de experimentar el acontecimiento. Ante la pregunta de la filosofía occidental, *¿qué es?, qué es* esta angustia que se presenta ante mí, y, un paso más allá *qué es*, en definitiva, la muerte, se podría responder, más que: “la muerte *es*”, que “la muerte *acontece*”. La angustia de la muerte y la muerte misma irrumpen en el orden lineal de las cosas como un acontecimiento, por un lado completamente contrario a la vida, y, por otro lado constitutivo de esta. La muerte “adviene, se produce o sobreviene...” (Romano, 2007, p. 116).

La angustia ante la muerte nos sobreviene de manera sigilosa, casi imperceptible. Algo ha cambiado en quien la experimenta y, sin embargo, todo alrededor sigue de la misma manera, sin transformación alguna. Al darle lugar a esta angustia, al hacer de la muerte algo pensable, es inevitable que algo, sin ser este algo una cosa concreta y visible, se modifique en quien se ve impactado y abrumado por el advenimiento de la angustia. Hasta acá pareciera pensarse a la angustia y a la muerte como algo separado de un sujeto que, en determinado momento le sucede. Pero el acontecer de la angustia de la muerte no reconoce sujetos. En el momento que acontece, no hay un sujeto que se angustia, sino que lo que sucede es esa angustia de la muerte misma. Dicho en otros términos, la angustia de la muerte es el mismo angustiarse. Lo mismo sucede con la muerte. Morir no es una acción atribuible a un sujeto que vive y que luego muere, como si por un lado se encontrara el sujeto y por otro lado el morir, sino que, más bien, la muerte no es nada diferente de lo que muere.

Comprender esta angustia como lugar del acontecimiento es lo que permite que la muerte sea pensable. Desde el calor del hogar, desde la comodidad de una silla acolchonada y un extenso escritorio; desde la ocupación de cuestiones reconfortantes, es fácil pensar. Pero el nuevo pensamiento que propone Rosenzweig, considero que invita a moverse de ese lugar. La angustia ante la muerte, en tanto experiencia acontecimental, será lo que permita la renovación del pensamiento, un cambio que irrumpa en la cotidianidad sin transformarla. Esos cambios tendrán lugar, más bien, en el mismo acontecer de la angustia, en el mismo angustiarse, que abre las puertas a nuevas posibilidades.

Las renovaciones inducidas por el acontecimiento no son exteriores a la ‘vida del espíritu’, son esa vida misma; o, más precisamente, el espíritu mismo. [...] Uno no se habitúa al acontecimiento. Tampoco se adapta a él. Menos todavía se ajusta a él. Extraño al quehacer diario, el acontecimiento despliega un tiempo que no es el de nuestra cotidianidad. Uno se apropia un acontecimiento de manera cada vez singular, de una manera que signa,

cada vez, la singularidad de cada uno, la apropiación de sí-mismo.
(Romano, 2007, p. 113)

Esta apropiación de sí-mismo es lo que permite dar cuenta de la relación que se establece con lo diferente de sí-mismo que se presenta como mundo y Dios. La angustia de la muerte permite, en una primera instancia, dar cuenta de la propia singularidad y particularidad de quien se angustia para luego, en una segunda instancia, dejar ver el vínculo con lo que se presenta como diferente de sí (Jasminoy, 2017a, p. 7).

Conclusión

En este trabajo se ha intentado mostrar cómo la angustia ante la muerte postulada en la obra de Rosenzweig se presenta con la estructura del acontecimiento. Ha sido posible ubicar la noción de la angustia ante la muerte dentro de la obra del autor y, a su vez, evidenciar que la angustia de la muerte como punto de partida para un nuevo pensar, se hace patente bajo la forma del acontecimiento. De la misma manera en que Rosenzweig nos advierte que él no es ni el primero ni el único en haber planteado un nuevo pensamiento, es posible encontrar en otros autores una estructura similar en lo que respecta a la angustia ante la muerte. Es el caso de dos pensadores contemporáneos como son Kierkegaard y Heidegger. En el primero encontramos a la angustia planteada no solo como un “estado psicológico”, sino como una estructura constitutiva de la existencia humana; para el segundo, inspirado por el danés y coetáneo de Rosenzweig, la angustia y la muerte son también temas centrales.

En el pensamiento de Rosenzweig, a partir de la aceptación y la permanencia en la angustia, la muerte se hace pensable, lo que permite salir del viejo pensamiento —constitutivamente idealista— para permitir la puesta en práctica de un nuevo pensamiento. Además, la angustia ante la muerte es lo que evidencia el carácter finito y singular del ser humano, que, al darse cuenta de esto, logra una apropiación de sí mismo. Al asumirse como un ente singular y finito, es posible ver aquello que es distinto de lo Uno, lo eterno y lo divino, que es Dios, y lo que está separado de uno, que es el Mundo, y, a su vez, dar cuenta de la relación que existe entre estas tres estructuras: Dios, mundo y hombre. El primer paso para un nuevo pensar es el acontecimiento de la angustia de la muerte que permite que la muerte ya no sea nada, sino algo.

Lista de referencias

- Esperón, J.P. (2019). *El acontecimiento, la diferencia y el “entre”: Contraste crítico entre las posiciones de Heidegger, Nietzsche y Deleuze*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Jasminoy, M. (2017a) «La nada de la muerte es algo». Rosenzweig lector de Kierkegaard. Ponencia no publicada, pronunciada en XIII Jornadas Kierkegaard, organizadas por la Biblioteca Kierkegaard Argentina y la Universidad del Salvador. 2 de noviembre de 2017.
- Jasminoy, M. (2017b). Muerte, milagro y oración: figuras del acontecimiento en la estrella de la redención de Franz Rosenzweig. *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 44,165-189.
- Jasminoy, M. (2020). Franz Rosenzweig: la llamada y la respuesta como estructura del acontecimiento . En J.P. Esperón (Ed.), *Acontecimiento. Un estudio crítico de las posiciones filosóficas y políticas de Rosenzweig, Heidegger, Derrida, Deleuze y Guattari* (pp. 1–62). Sevilla: Editorial Doble J.
- Romano, C. (2007). Acontecimiento y mundo. *Revista Persona y Sociedad*, 21, 111-137.
- Rosenzweig, F. (1984). *Zweistromland. Kleinere Schriften zu Glauben und Denken* (Reinhold Mayer y Annemarie Mayer, Eds.). *Der Mensch und sein Werk. Gesammelte Schriften*, tomo III. Dordrecht: Martinus Nijhoff.
- Rosenzweig, F. (1996). *Der Stern der Erlösung*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp Verlag.
- Rosenzweig, F. (1997). *La Estrella de la Redención* (Miguel García Baró, Trad.). Madrid: Sígueme.
- Rosenzweig, F. (2005). *El Nuevo Pensamiento* (Ángel Garrido-Maturano, Trad.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Rosenzweig, F. (2007). El manual del sentido común sano y enfermo. En F. Rosenzweig, *Lo humano, lo divino y lo mundano* (Marcelo Burello, Ed.), (pp.189-253). Buenos Aires: Ediciones Lilmod - Libros de la Araucaria.